



## La novela “*Lombardo*”

Héctor Marín Rebollo

Hace unas semanas apareció en el mercado una novela escrita por Rosalío Hernández Beltrán titulada ***Lombardo***.

Intrascendente como novela y más como novela histórica porque al autor le hacen falta muchos recursos literarios e información histórica, carece de profundidad y le falta imaginación, sin embargo es un intento que rescata algunos fragmentos de la historia de la vida del maestro Lombardo, del movimiento obrero y de la historia de México.

Es comprensible que la vida de Lombardo Toledano y sus obras sean omitidas por el sector oficial. En las universidades, ya no se diga las privadas, sino en las públicas los alumnos nunca leen sus libros de filosofía ni sus brillantes conferencias.

Sus ideas políticas han tratado de ser silenciadas por el gobierno, sobre todo por los de tendencia neoliberal. Lo odian los panistas, los caciques, los empresarios proyanquis y también los de la supuesta “izquierda” que ha llegado a pactar con la derecha.

La novela *Lombardo* es un texto plano, carente de técnica novelística, superficial en el tratamiento del tema. En el libro se reconoce la gran estatura del hombre, del *Maestro*, como le llama el autor en incontables ocasiones, del inteligente y hábil dirigente, del sabio e influyente marxista que lo mismo crea un sindicato en cada empresa, que centrales de trabajadores de México, que una central latinoamericana, o acude a la creación de la Federación Sindical Mundial y que funda el partido político del proletariado mexicano.

En primer lugar haremos algunos comentarios al subgénero y a la falta de estatura del autor de la novela para llenar las exigencias del mismo. Lukács dice que en la novela histórica el propósito fundamental es ofrecer una visión lo más certera posible de una época histórica, de preferencia muy lejana, debiendo crear una cosmovisión realista que refleje las costumbres de esa época, y hasta su sistema de valores y creencias.

Los hechos que se reflejan en este subgénero narrativo *deben ser verídicos* aunque los personajes *sean inventados*, pero la verdadera novela histórica requiere que el autor posea gran cantidad y calidad de datos y una enorme erudición, pues de lo contrario la obra se convierte en un libraco de aventuras.

Hernández Beltrán procedió inversamente, pues inventó muchos hechos y planteó la trama central de la obra alrededor de personajes reales, históricos, sobre todo, desde luego en torno a Vicente Lombardo Toledano que, quienes lo conocemos por sus obras o quienes lo conocieron personalmente, sabemos que es inmensamente superior a los trazos generalizantes, frívolos, subjetivos, carentes de profundidad y a veces cargados del odio que, es justo decirlo, no le profesa el autor de la novela, sino que éste recoge de aquellos que se sabían menores a Lombardo Toledano.

Rosalío Hernández Beltrán, a pesar de sus esfuerzos, y de que afirma que hubo quien leyó los borradores no llena de ninguna manera los requisitos anteriores que no estoy postulando yo, sino las normas del subgénero que utiliza para tratar el tema en *Lombardo*.

Por otro lado, la novela histórica se queda en un nivel muy bajo, como ocurre con la de Rosalío Hernández Beltrán si el autor carece de la fuerza narrativa, así sea una aproximación, por sólo comparar, con Stefan Swaig que escribió *Fouché* y muchas otras biografías noveladas que no se escapan al subgénero que comentamos, de Walter Scott el verdadero creador del subgénero, o del genial Víctor Hugo con *Los Miserables* y *Nuestra Señora de París*; y en Rusia León Tolstoi que en ese marco de género escribió *Guerra y paz*, o la impactante atracción que nos inspira

James Fenimore Cooper en *El último mohicano*, o la fuerza literaria inconmensurable de García Márquez en *El general en su laberinto*, acerca de Simón Bolívar, para sólo mencionar algunos autores.

Cuando la novela histórica carece de buen autor que se apegue a las exigencias que el subgénero impone, entonces aparece la subjetividad de quien la escribe y se corre el riesgo de traslucir su ideología, de transparentar sus debilidades, sus filias y sus fobias. Y en este caso, Hernández Beltrán, formado en las capillas de la frustración y de la pequeñez de quienes fueron sus maestros en política, tuvo el desacierto de proceder de esa manera. Ante la estatura intelectual y política del Maestro, no podía menos que repetir las mismas consignas panfletarias, las fobias de los que nunca pudieron crecer porque, así de sencillo, estaban ante un gigante del pensamiento y de la acción.

Qué pobres pasan ante nuestros ojos las últimas páginas de la novela de Hernández Beltrán cuando crea una escena en la que, momentos antes de morir Lombardo “cree ver” a Fidel Velázquez y a Valentín Campa y se entabla un supuesto diálogo en esencia torpe, carente de profundidad, de realidad, de proyección, y hasta de sentido común pero en el que el autor subrepticamente acusa al Maestro Lombardo de haber creado las condiciones para que Fidel “y compañía cometieran sus fechorías” de ser “culpable de

las atrocidades que han cometido Alemán, Ruiz Cortines, López Mateos y Díaz Ordaz”. Lo acusa también de que “calló los crímenes contra Rubén Jaramillo y su familia y...( ) ante la masacre del 2 de octubre”

Estos “argumentos” son, el primero, un auténtico sofisma porque se enuncia con todo propósito de dañar y además con la certeza del que lo enuncia, de su falsedad, pues ya el Maestro Lombardo había dejado la CTM para dirigir la CTAL y después habría de ser “expulsado” por el grupo de Fidel Velázquez sometido a las presiones e indicaciones de Miguel Alemán.

Sólo un descerebrado puede concebir que el dirigente de un partido marxista sea el responsable de los actos de un Presidente de la República y de sus “atrocidades”.

Pero más descerebrados seríamos nosotros, los lectores, si le creyésemos al autor que algún interés político debe tener para hacer una afirmación tan temeraria.

La tercera afirmación es una mentira que se comprueba al leer el “Manifiesto del Partido Popular Socialista” del 5 de agosto de 1968 en el que señala que hubo agentes extranjeros, es decir de la CIA, que estaban inmiscuidos en el movimiento porque querían llegar al desenlace fatal del 2 de octubre de ese año; y se apuntaba también la

responsabilidad de las autoridades que estaban manipulado el movimiento.

Respecto del asesinato de Rubén Jaramillo siempre hemos condenado ese tipo de crímenes. El asesinato político no es recurso de revolucionarios, sino de criminales. El Partido Popular Socialista y el Maestro Lombardo condenaron políticamente esos actos. El Ministerio Público, es decir, el gobierno debían realizar su papel de acuerdo a la ley. Pregúntese el autor de la novela y los detractores de Lombardo Toledano por qué nunca se aclaró el homicidio y se castigó a los culpables. El Maestro Lombardo no era Ministerio Público ni era Juez.

Ahora a la inversa. Yo les exijo a quienes dicen “que Lombardo calló ese crimen”, a que demuestren que él o el PPS tenían interés en que se asesinara a Rubén Jaramillo y a su familia.

Todavía más. Hernández Beltrán cedió la cuarta de forros de su novela para que un desconocido que se dice *periodista, académico y abogado laboral* escribiera lo siguiente: “Sin restricción de circunstancias (¿?) el lector se encuentra al hombre, a Lombardo Toledano, que en sus últimos años justificó las acciones más insensatas del gobierno mexicano, como el corporativismo, la represión y la anulación de todo movimiento independiente popular, sindical y político”

Se le puede decir de entrada mentiroso, marrullero, falaz, embustero...

Jamás. Nunca. En ningún momento de la vida y de las múltiples acciones del Maestro Lombardo al frente de los trabajadores y en la dirección del PPS “justificó” el corporativismo. Siempre actuó bajo el principio de la ***independencia*** del movimiento obrero con relación al gobierno, a los patronos, a los partidos políticos y a la iglesia. Sus tesis están escritas, pero éstas sólo respaldan sus acciones.

El mendaz que afirme que el Maestro Lombardo “justificó” la represión del gobierno o de los caciques es un cobarde calumniador. No hay un solo caso en la historia, ni uno, con el que se pueda probar que haya justificado el uso de la fuerza para golpear a los trabajadores ni a nadie.

Decir que VLT fue partidario de la “anulación de todo movimiento independiente popular, sindical y político” equivale a colocarlo en el nivel de Maximino Ávila Camacho, de Gonzalo N. Santos, de los Creel, de los Figueroa, o ahora de los Sánchez Navarro, de los Fernández de Ceballos, de los Larrea, de los Servitje o de los Yunque. No. A Vicente Lombardo Toledano no se le puede ensuciar, aunque quieran los que le odian de la derecha ultraconservadora y la autollamada “izquierda” que

terminó por liquidar al Partido Comunista y regalar su registro electoral a un partido de un sector de la burguesía.

Cuando investigadores y estudiosos serios, académicos, dirigentes políticos o sindicales responsables se enfrentan aquí y en cualquier parte del mundo a la obra escrita por el Maestro Lombardo o al análisis de sus actos públicos, (porque su vida privada como la de todos es eso, *privada*), encuentran una riqueza inagotable que debe ser acrecentada por quienes seguimos sus ideas.

De Vicente Lombardo Toledano van a seguir oyendo hablar las nuevas generaciones por una razón: porque es un *hombre de ideas*. Sus detractores pueden estar seguros de que ellos nunca levantarán el vuelo del pantano.